Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Carta

Nueva evangelización

Enero de 2011

La expresión ”nueva evangelización” supone otra previa o primera. El papa Juan Pablo II comenzó a hablar de nueva evangelización en el contexto del V Centenario del comienzo de la evangelización de América. La expresión tuvo fortuna, y ha sido retomada últimamente con nuevo impulso. Entonces el Papa se refería a cómo la semilla que fue sembrada hace siglos no había dejado de germinar y dar frutos; pero que en la nueva situación se requería una nueva evangelización con nuevos métodos y con nuevo ardor. En esta misma línea, la Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida (Brasil), puso en marcha la Gran Misión Continental.

La aspiración a una nueva evangelización se extendió a otros ámbitos culturales; por ejemplo, a Europa. El día 21-9-2010, en la Fiesta de san Mateo, el papa Benedicto XVI firmó una Carta Apostólica en forma de *Motu proprio* por la que creaba el Consejo Pontificio para promover la nueva evangelización. Las primeras palabras, por las que se denomina el documento, son *Ubicumque et semper*, es decir, siempre y en todas partes, para recordar que la Iglesia debe anunciar en todas las etapas de la historia y en todos los rincones del mundo el Evangelio (cf. Mt 28,19-20). Y en esta misión el Señor la acompañará todos los días. Ya de hecho el Concilio Vaticano II tuvo una clara intención evangelizadora, como recuerda Benedicto XVI. Aunque las situaciones sean variadas, las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos, como es nuestro caso, necesitan un nuevo impulso misionero, acudiendo sin desfallecer a la promesa del Señor y a su gracia. «*Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe limpia y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad*» (*Christifideles*

ta Teresa de Jesús). El evangelizador anuncia que tenemos buenas noticias de Dios y las transparenta personalmente.

b) Jesús trajo «*la Buena Noticia de la paz*» (Hch 10,36) con hechos y palabras, con curaciones y signos, con cercanía acogedora de los excluidos, con promesas y enseñanzas. La Iglesia debe evangelizar, siempre y en todas partes, uniendo la palabra y las obras, la predicación y el servicio caritativo, Eucaristía y Cáritas. La acción caritativa y social respalda la palabra y las palabras explicitan el sentido de las obras. El Evangelio no es mudo ni las palabras de la predicación deben ser huecas. Jesús curó al paralítico, perdonó sus pecados y se presentó como el Hijo del hombre (cf. Mc 2,1-12). En las curaciones se muestra la salvación, y en las obras Jesús revela quién es. La admiración y gratitud que tantos misioneros suscitan, y las obras caritativas de la Iglesia, tan numerosas y elocuentes actualmente, no alcanzan su pleno sentido aliviando sufrimientos, cubriendo necesidades y promoviendo humanamente; tienden también a abrir vías a la esperanza y a dar a conocer, a veces sólo con la fuerza de los hechos, a Jesucristo como Salvador del mundo.

c) Hay una estrecha relación entre ”iniciación cristiana” y ”nueva evangelización”. Cuando se ha roto o al menos se ha debilitado mucho la conexión entre familia, catequesis y escuela, a través de las cuales de manera concertada discurría habitualmente la transmisión de la fe y el conocimiento religioso, necesitamos insistir como tarea básica en la iniciación cristiana, es decir, en la ”formación” de cada cristiano, enseñándole a creer, a rezar, a participar en la Eucaristía, a vivir como discípulo de Jesús, a hacer el bien, a sentirse en la Iglesia como en la familia de la fe. La iniciación requiere tiempo, se va haciendo paso a paso. Así, cada hombre y mujer por la fe y la conversión entra en el Camino que es Jesucristo (cf. Jn 14,6; Hch 9,2; 18,25.26; 22,4; 24,14.22). La iniciación cristiana se concentra en lo esencial y básico. En la iniciación cristiana se unen íntimamente la fe, la celebración litúrgica y la vida. La catequesis, que a veces se resiente de contenidos claros y básicos, debe ser fortalecida con el *Catecismo de la Iglesia Católica* y los catecismos fundados en él; desde los primeros años la celebración eucarística debe ser familiar para los niños; las cuestiones éticas deben ser tratadas e iluminadas cristianamente. No hay iniciación cristiana sin madre, ya que es el nacimiento de las personas como cristianos. La maternidad la ejercen inseparablemente María la Virgen Madre y la Iglesia, en cuyo hogar entran y habitan los

Si el cristianismo y la Iglesia católica son la religión incomparablemente más numerosa en nuestra sociedad; si tiene entre nosotros una historia de dos mil años; si la fe cristiana ha impregnado y configurado la cultura, la ética y las tradiciones populares, no es ningún privilegio que comporte para los no cristianos o no católicos discriminación, sino un hecho real incontestable. Debe ser tenido en cuenta, sin pretender nivelar todo, ya que la justicia consiste en tratar lo diferente de modo diferente, respetando los derechos fundamentales de todos.

En una sociedad plural, como es la nuestra, en la cual la Iglesia quiere llevar a cabo la nueva evangelización, nunca es la solución el vacío de los signos, para que todos seamos iguales, allanando lo que se ponga por delante. Como el hombre es por naturaleza simbólico, cubrirá el vacío dejado con otros signos. Además, la convivencia respetuosa de personas y símbolos diferentes debe tener en cuenta la historia concreta de cada pueblo y su tradición cultural. El ejercicio de la libertad religiosa personal y social se realiza siempre en unas coordenadas determinadas de tiempo y lugar. La aconfesionalidad del Estado no prejuzga lo que quieran ser religiosamente los ciudadanos; y la laicidad convivente no debe convertirse en laicismo agresivo ni tosco ni sutil. Para cumplir su misión, la Iglesia no exige privilegios, que serían para otros discriminación, sino unas condiciones respetuosas para existir y actuar como tal. Los cristianos tenemos derecho a vivir la fe personal y asociadamente, con hechos y palabras, sin tener que recluirnos en la esfera privada ni renunciar a que el Evangelio sea enseñado a los cuatro vientos, participando en la formación de la opinión pública y contribuyendo a configurar el presente y el futuro de la sociedad y de la humanidad.

La nueva evangelización exige de nosotros análisis hondos de la actual situación, reflexiones teológico-pastorales, adopción de actitudes adecuadas y apertura de cauces para realizar el encargo de Jesús de evangelizar en nuestro tiempo. ¡María, estrella de la evangelización, ruega por nosotros!